

INTRODUCCIÓN

La composición, interpretación y edición de himnos y canciones tuvo gran relevancia en la guerra civil española. Además de las características musicales inherentes a toda obra musical, las circunstancias en las que se desarrollaron y su proceso de creación poseen un importante carácter documental y testimonial. Incluso, podemos considerar al cancionero generado e interpretado en este terrible conflicto bélico como un instrumento de primera mano para conocer algunas de las vivencias, inquietudes, líneas propagandísticas, circunstancias, sentimientos y sensaciones que se sufrieron entre 1936 y 1939.

Como es bien conocido, tras la sublevación militar, el bando rebelde, que sería liderado poco tiempo después por el general Franco, se alzó contra la democracia establecida. Para ello contó con el apoyo de la Alemania nazi y la Italia fascista, además de otras naciones. Por otro lado, en el bando republicano se integraron sindicatos y partidos políticos de izquierdas. Sin duda, esta orilla sufrió en mayor medida el acuerdo de no intervención que se firmó en la Sociedad de Naciones ante el miedo que Mussolini y, sobre todo, Hitler, imprimían a sus gobernantes. Pese a ello, la república contó con la colaboración de algunas naciones como México y, sobre todo, de la Unión Soviética en mandos, venta de armas y soporte logístico.

La práctica totalidad de formas y medios musicales que ambos bandos utilizaron para comunicarse y expresarse musicalmente se vinculó de forma evidente a una línea ideológica en la que arte y propaganda, música y política se tornaron términos sinónimos. En este sentido, no hay que olvidar que la finalidad principal de la mayor parte de los actos e iniciativas emprendidos por ambas facciones poseía un claro tinte político y se encaminaba a conseguir la victoria y elevar la moral tanto de las tropas como de la retaguardia. Incluso, algunos de ellos fueron dirigidos a propiciar una paz consensuada con el enemigo, tal y como intentaremos mostrar en este estudio.

Debido a la gran importancia que republicanos y nacionales otorgaron a la música, se organizaron numerosos concursos de composición de himnos y canciones de guerra con el objetivo de dotar a ambas zonas de nuevas obras que escuchar e interpretar. Este es el caso de nuestro estudio, ya que nos centraremos en un certamen que se realizó en Zaragoza y que dio como resultado en 1936:¹ un libro con el explícito título de *Canciones patrióticas premiadas por la Junta Recaudatoria Civil de Zaragoza*.

Este organismo, la Junta Recaudatoria Civil de Zaragoza, operó desde poco después del inicio de la guerra para tratar de centralizar los donativos (en muchos casos forzosos) que se recogían con el objetivo de satisfacer las necesidades de las diferentes milicias, los refugiados, las familias de los soldados y los pobres de la ciudad. Además, también se organizaron sorteos de lotería y otras muchas actividades para recaudar fondos, entre las que se cuenta esta publicación.

Contenía cuatro canciones y, al parecer, su edición tuvo un notable éxito, por lo que se publicaron poco después de forma individual. Hubo también quien realizó donativos para sufragar nuevas reimpresiones. Incluso, algunos particulares solicitaron poder ponerlos a la venta. Además, también se realizaron grabaciones discográficas y se efectuaron distintos conciertos y actos en los que se interpretaron en público.

En 1939?, el cancionero fue reeditado y ampliado en la misma ciudad: se adjuntaba a la publicación una hoja fechada el 15 de enero de 1939 en el que se cita de forma explícita que su tirada fue de quince mil ejemplares. Pero, desde el primer análisis, se puede apreciar que melodía y letra no se corresponden, y que ni la música ni el texto son los originales escritos por sus compositores y letristas. Al mismo tiempo, la parte musical no tiene coherencia y es diferente de la premiada que iba a ser publicada en un primer momento.

Queremos remarcar desde el primer momento que este estudio parte de la investigación musical, aunque se aproxima, enriquece, aden-

¹ Como veremos y bajo nuestro criterio, la fecha de publicación no está clara, ya que, al parecer y si atendemos a las Actas de la Junta Recaudatoria Civil de Zaragoza, fueron editados en 1937 y 1938, respectivamente. En el Archivo Histórico de Zaragoza, en el Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMC) y en el Ministerio de Cultura aparecen fechados en 1936 y 1939, por lo que preferimos utilizar estos años, aunque los acompañamos con una interrogación.

tra y brinda nutrido espacio a otras artes, ciencias y disciplinas entre las que destacan la antropología, el cartelismo, la historia y la sociología.

Si atendemos a la estructura del libro, se divide en ocho capítulos. Además, podemos agruparlo en dos secciones. Así, la primera abarcaría los cuatro apartados iniciales, mientras que la segunda correspondería a los cuatro restantes.

Una breve aproximación a la guerra civil en Zaragoza hace las veces de apertura para, a continuación, atender a la relevancia de la música en este conflicto bélico. Después, conoceremos las características principales, objetivos y funciones de la Junta Recaudatoria Civil de Defensa Nacional de Zaragoza y centraremos la atención en el propio cancionero. En estos primeros apartados ha sido fundamental la investigación desarrollada en el Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (también la realizada años atrás en el Archivo General de la Guerra Civil de Salamanca) a través, principalmente, de fuentes primarias.

La segunda sección tiene como objetivo efectuar una contextualización y reunir informaciones, datos y referencias sobre el momento histórico, las figuras políticas y culturales, las manifestaciones y los proyectos artísticos que aparecen referenciados en el cancionero o tienen relación directa con él. En consecuencia, nuestro principal objetivo en estos apartados es ubicar al lector de la forma más cercana, divulgativa, global, rigurosa y precisa posible en estos dramáticos instantes. Para ello, también partimos de fuentes primarias y secundarias gracias al manejo, referencia y análisis de una notable cantidad de artículos científicos, monografías y volúmenes.

De esta forma, si Juan Negrín, los llamados «Trece puntos de la victoria» y los últimos instantes de la guerra civil española protagonizan el quinto capítulo, Josep Renau y el cartelismo harán lo propio en el sexto. La película «Los trece puntos de la victoria» y su banda sonora serán los temas principales del séptimo. Para el octavo, hemos considerado oportuno abordar el ámbito del sabotaje, la guerrilla y el espionaje en la guerra civil española: quizá no sean ámbitos muy conocidos, aunque, sin duda, poseen un gran interés y vinculación con los múltiples temas que abordamos en este libro.

CAPÍTULO 1

LA GUERRA CIVIL EN ZARAGOZA

Zaragoza contaba con unos 200.000 habitantes antes de comenzar la guerra civil española. En la provincia del mismo nombre residían unas 600.000 personas. En las elecciones del 16 de febrero de 1936, en los últimos días, por tanto, de la Segunda República, fueron elegidos once diputados en la circunscripción electoral de Zaragoza:

En la ciudad los candidatos del Frente Popular obtuvieron algo más de 44.000 votos, mientras los derechistas casi alcanzaban los 40.000, con lo que el reparto, siguiendo el sistema mayoritario, se tradujo en tres diputados para la mayoría izquierdista [...] y uno para la minoría [...]. Sin embargo, en la provincia triunfaron las candidaturas derechistas con unos 71.000 votos frente a los 65.000 de las izquierdas (reparto de cinco y dos diputados, respectivamente) (Escribano, 2010: 18).

Una vez que estalló la sublevación, los rebeldes, apoyados por un buen número de civiles y por las llamadas Milicias, formadas por voluntarios de Falange y requetés, se hicieron rápidamente con el control político y militar. Desde el primer instante buscaron detener y reprimir a los dirigentes sindicalistas para, de esta manera, frenar una posible defensa. Llevaron a cabo diferentes registros en numerosos domicilios, que dieron como resultado una gran cantidad de detenciones:

Zaragoza era una de las ciudades que más presencia tenía de la UGT y la CNT por lo que se intentó eliminar toda posible oposición al levanta-

miento. La de la huelga en toda Zaragoza, y que como ya hemos comentado fue apagándose poco a poco, bien por no ser lo suficientemente secundada, o por presión del mando castrense sublevado que, entre otras medidas, militarizó el ferrocarril y los transportes. Más tarde, en toda la provincia la situación fue normalizada, lo mismo que en la estación ferroviaria del Norte y en la de Madrid-Zaragoza-Alicante, la MZA. Y, al igual que en otros gremios, a los obreros que no fueron a trabajar el 23 de julio de 1936 se les dio de baja y su puesto se ofreció a otros trabajadores (Martínez de Baños, 2004a: 368).

La represión comenzó muy pronto y afectó, entre otros dirigentes, al secretario de UGT, Bernardo Aladrés, a concejales del ayuntamiento, militares contrarios a la rebelión y a otras personas relacionadas con la izquierda y con el republicanismo, entre los que cabe citar al antiguo presidente de la Diputación maña, Manuel Pérez Lizano. Pese a ello, hubo algunos intentos de resistir en distintos puntos de la provincia en forma de tiroteos, huelgas y conatos de asalto a los cuarteles de la Guardia Civil que, en general, no obtuvieron resultados positivos:

Estos intentos espontáneos de oposición, sin un plan concreto y con un reducido número de armas, no pudieron hacer frente a la actuación conjunta del Ejército y la Benemérita. Sin embargo, sí obligaron a formar columnas de militares, fuerzas del orden y milicias derechistas, ya desde el domingo día 19, que recorrieron las comarcas estabilizando la situación para los alzados (Escribano, 2010: 47).

En poco tiempo y con cierta facilidad, la provincia y una buena parte de Aragón cayó del lado rebelde. Pero Zaragoza estaba relativamente cerca de Barcelona y su enclave poseía una gran importancia como nudo de comunicaciones. Por ello, los dirigentes del bando republicano fueron conscientes de su relevancia:

Vista desde Barcelona, Zaragoza era como un foco que atraía las miradas de las masas triunfantes frente a los militares sublevados en la capital catalana. No solo controlaba los accesos hacia Madrid, sino que también podía constituir un importante colchón frente a posibles avances de los

alzados hacia Cataluña. De ahí que ya entre los días 21 y 23 de julio salieran de Barcelona algunos grupos anarquistas rumbo a Zaragoza (Escribano, 2010: 55).

En esos primeros días, Zaragoza, que estaba relativamente cerca de los frentes de guerra, sufrió algunos bombardeos aéreos de escasa gravedad, como el del 21 de julio de 1936, «protagonizado por un Breguet XIX procedente de Barcelona y que causó varios heridos» (Escribano, 2010: 45). Para elevar la moral de sus habitantes, se celebró un buen número de actos, entre los que destacó el paseo por toda la ciudad de un avión republicano que había sido derribado. Además, también se recibió la visita de algunas personalidades relevantes en el bando sublevado, entre los que destacaron el general Mola o el director de la Legión.

Del mismo modo, se organizó un buen número de cuestaciones y colectas que, en muchos lugares, fueron «realizadas de manera forzada, e incluso en algunos casos se llegó al abuso» (Martínez de Baños, 2004a: 379). Para controlarlas se creó la Junta Recaudatoria Civil.

El general Cabanellas estuvo al mando del alzamiento en Zaragoza. En la Segunda República, había sido director general de la Guardia Civil en dos periodos, el primero desde 1932 y el segundo hasta principios de 1936. Bajo su mando, «la Benemérita actuó siempre de forma leal a los gobiernos, tanto de la CEDA como de izquierdas, especialmente para sofocar la Revolución de Asturias de 1934» (Fernández, 2005: 91).

Los generales que se acababan de sublevar constituyeron en Burgos la Junta de Defensa Nacional tan solo cinco días después del alzamiento. Sustentó la representación política y militar del nuevo régimen que se quería imponer, y Cabanellas fue su primer presidente.

Pero pronto perdió valor su consideración entre los rebeldes, ya que fue «el único general golpista en oponerse a que Franco fuera nombrado Generalísimo y se le concediera el poder absoluto» (Fernández, 2005: 90). Por ello, comenzó una campaña de descrédito en la que le acusaron de oportunismo y de apoyar realmente a la Segunda República: «fuentes franquistas, en su afán de desprestigiarle, indican que se mantuvo en su puesto porque un joven oficial le puso una pistola

en la sien y le dio un minuto para meditar de qué lado se iba a poner» (Fernández, 2005: 91).

La presencia de las tropas nazis en Zaragoza se hizo habitual desde el comienzo del apoyo de Hitler a los rebeldes, ya que una parte de los aviones de la Legión Cóndor se emplazó en el aeródromo de Sanjurjo. Por ello, no era difícil escuchar a la banda de música de la Legión Cóndor, que protagonizó numerosos conciertos en la Plaza de España:

Los desfiles de tropas victoriosas y de camiones con soldados y voluntarios eran frecuentes en las calles de Zaragoza. De esta manera, decían, se mantenía alta la moral... Los Porches del Paseo de la Independencia, al igual que los de las cuatro esquinas de Huesca, estaban cubiertos con sacos terreros, con lo que todo el mundo paseaba por fuera, mientras los chicos y chicas en edad escolar continuaban sus estudios (Martínez de Baños, 2004a: 371).

La Basílica del Pilar también se consideró un enclave digno de protección especial, por lo que las milicias de Falange, los Requetés, Renovación Española y Acción Ciudadana establecieron guardia permanente:

Se presentaban armadas y muy marciales para dar también guardia de honor a la Virgen del Pilar en su Camarín. Cada milicia cívica hacía durante una semana un relevo diario a las once de la mañana. Los domingos se realizaba el cambio general de las guardias con banda de música e intercambio de banderas (Martínez de Baños, 2004a: 371).

Zaragoza también se convirtió en un centro hospitalario de gran importancia en la zona nacional:

...la sanidad Militar nacional creó un inmenso despliegue hospitalario en Zaragoza utilizando diferentes edificios, principalmente hospitalarios y colegios, tanto en la capital como en varias poblaciones próximas, que llegaron a sumar alrededor de 12.000 camas, con objeto de poder prestar asistencia sanitaria a los combatientes no solo del frente de Aragón sino a otros muchos que serían evacuados desde lugares muy alejados (Arcarazo, 2010: 327).

En cuanto al frente de Aragón, desde agosto de 1936, fecha en que las columnas de milicianos que procedían de Cataluña y Levante con la pretensión de tomar Zaragoza fueron detenidas por los voluntarios y tropas sublevadas, las posiciones se mantuvieron prácticamente sin movimientos. Así las cosas, en los primeros meses se puede catalogar como zona de poca o nula actividad:

La impresión general sobre la actividad del frente aragonés parece ser que era, al menos desde el punto de vista republicano, de relativa tranquilidad. Es lo que se desprende de las manifestaciones del coronel Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor Central, después de un reconocimiento realizado en el sector de Zuera, al norte de Zaragoza, en días previos a la ofensiva (Aparicio, 2004: 265).

El general Miguel Ponte estaba al frente de las fuerzas nacionales desde agosto de 1936. Mientras, en la orilla republicana, el Ejército de Cataluña se integró en el Ejército del Este en 1937, dirigido por Sebastián Pozas. También se contó con la presencia en Aragón del Ejército de Levante, encargado de controlar a las fuerzas ya asentadas. Además, el llamado Ejército de Maniobra podía hacer acto de presencia en cualquier batalla siempre que las circunstancias de la guerra así lo requirieran. Estaba considerado como

... la auténtica elite del Ejército Popular, que se componía de fuerzas de distintas procedencias. En definitiva, se organizaron unidades adscritas al frente (brigadas, divisiones e incluso el Ejército del Levante); otras que compartían más zonas además de las propiamente aragonesas (el Ejército del Este), y se sumaron unas transitorias (Oña, 2004: 87).

A los pocos días del alzamiento, la ciudad fue recuperando su pulso normal, eso sí, dentro del nuevo contexto surgido tras la rebelión. Bares, cines y teatros parecían recobrar la vida anterior. También volvieron a publicarse los diarios locales, el *Heraldo de Aragón* y el *Noticiero*:

Dicen los que allí vivían, muchos de ellos niños, que la ciudad parecía un gran cuartel con una reunión multicolor de militares. De todos los veci-

nos que había en las calles, recuerdan, había personas que escapaban de los frentes y algunos que parecían confidentes o espías. Las mentes de los niños en situaciones tan críticas no dejaban de ser como auténticas esponjas del saber cotidiano. Veían y vivían escenas que no se les ha olvidado jamás (Martínez de Baños, 2004a: 370-371).

A mediados de 1937, los mandos republicanos comenzaron a considerar que era necesaria una ofensiva que detuviera las acometidas franquistas en el norte, ya que Santander y el País Vasco estaban sufriendo una gran presión. Además, se temía que Franco intentara cortar en dos la zona frentepopulista de Levante. Del mismo modo, se consideró fundamental disminuir la fuerza militar y política del anarcosindicalismo aragonés, que contaba con una gran influencia en la zona. En consecuencia, el 20 de agosto de 1937 se dictó una orden para efectuar una operación sobre Zaragoza.

Ya con Negrín en la jefatura de gobierno, Vicente Rojo, nuevo jefe del Estado Mayor Central republicano, creyó que la conquista de la ciudad era primordial. Ciertamente es que ya se habían realizado en las semanas previas algunos ataques sobre diferentes posiciones defensivas nacionales, aunque la acometida fue ejecutada en la madrugada del 24 de agosto de 1937 por «tropas experimentadas, muchas de ellas traídas ex profeso del fogueado Frente de Losada» (Losada, 2005: 13). La mayor parte de los mandos, que dirigían a cerca de ochenta mil efectivos, eran comunistas. Entre las divisiones que participaron, destacaron

...el 5º Cuerpo del Ejército de Juan Modesto, donde estaba encuadrada, junto a la 35ª y 46ª divisiones, la famosa 11ª División de Líster. Junto a ellas se encuentran la 45ª División, al mando del general Kléber, la 27ª División a las órdenes del coronel Trueba, así como la 24ª, la 25ª, la 26ª, la 30ª y la 44ª, varias de ellas anarquistas, y otras unidades sueltas, todas ellas pertenecientes a los cuerpos del ejército 11ª y 12ª, en total, algo más de 80.000 hombres (Losada, 2005: 13).

La ofensiva de Zaragoza se enquistó en la batalla de Belchite. Tras los primeros avances, las tropas republicanas se detuvieron en objeti-